

al lado de Beckett y de Ionesco— es recobrado, pero sin atribuirle ese «formalismo psicológico idiota» contra el que el marxista Adamov tuvo que luchar.

Por lo demás, la estructura onírica de «Si volviera el verano», los recuerdos y pesadillas de varios personajes, no debe chocar demasiado. Desde la perspectiva de su estructura, la obra podría emparentarse con «Les Retrouvailles» y con su repudiada «Comme Nous Avons Eté», ninguna de las dos traducidas al castellano.

La lectura de la obra que comentamos es difícil, y supongo que la representación planteará una serie de problemas para alcanzar un

mínimo de nitidez. El comienzo del drama resulta, a su vez, de ambigua interpretación. Mientras vemos una pancarta con una chica en traje de baño, la voz del magnetofón dice:

«¿Por qué sonríe esta bella muchacha? Porque vive en un país donde se desconoce el paro forzoso y el hambre, donde el crimen es prácticamente inexistente, donde no hay ni cuchitriles ni "ghettos", donde la guerra es desconocida desde hace ciento cincuenta años».

A continuación —y en la técnica de «Si volviera el verano» hay muchas aproximaciones al «Old Times», de Pinter—, los personajes recuerdan su pasado, convocados por el encade-

namiento de los sueños. Es un pasado de represiones oscuras, de complejos sexuales amordazados, de vacíos y soledades, que recuerdan a veces las confesiones del propio Adamov en sus Memorias. No, es seguro que el hombre no sería un ser totalmente feliz en un mundo justo, pero a partir de ahí podría asumir sin alienación su terrible condición humana... ■ J. M.

Pecado y hombre actual

Todo lector que desee conocer puntos de vista divergentes, y a veces complementarios, sobre el pecado, tendría que

leer cuatro libros: el del doctor Castilla del Pino sobre *La culpa* (Alianza Editorial); el del sacerdote y médico francés Marc Oraison, *Psicología y sentido del pecado* (Ed. Marova); el del franciscano A. Peteiro, *Pecado y hombre actual* (Ed. Verbo Divino), y el del teólogo Louis Monden, *Conciencia, libre albedrío y pecado* (Ed. Herder).

El más profundo y digno de ser meditado por creyentes y no creyentes es sin duda el del doctor Castilla del Pino. Sus observaciones psicológicas profundas, en contacto con la experiencia humana que le da su profesión y su ciencia psicopatológica, hacen de este libro —reicientemente reeditado

por Alianza— una aportación de primera línea sobre el tema. Tiene aciertos decisivos sobre la responsabilidad moral, independientemente de la creencia en Dios (que, por otro lado, es esta una doctrina sustentada por muchos teólogos católicos), o sobre lo que el filósofo católico H. Duméry llamaba la «piedad psicologista», que aplicada al tema de la culpa significaría el engaño «desrealístico», de que habla Castilla del Pino, que una figuración psicológica de Dios supondría en el hombre que actúa, y, por último, su crítica del arrepentimiento, proponiendo sustituirlo por la «reparación». Creo que cualquiera de estos temas es de por sí suficientemente interesante como para leer despacio este denso y profundo libro.

Los otros autores —católicos éstos— no llegan a bucear suficientemente y con valentía en los mismos problemas. Hay indicaciones morales y psicológicas acertadas y una buena erudición del tema, pero echo en falta en ellos un desprendimiento de muchos prejuicios inconscientes que invalidan y hacen inoperante una gran parte de lo escrito en tales libros.

El de Marc Oraison —muy bueno, a pesar de su brevedad— y el de Monden abren nuevas perspectivas. Y el del franciscano Peteiro es un buen acopio de erudición bíblica sobre el tema del pecado. Y, sin embargo, no llega este último a satisfacer, porque le haría falta un mayor sentido crítico.

Yo pienso que la Biblia hay que leerla con mucho sentido crítico para aceptar su mensaje. No podemos tratar de entender su lenguaje con ingenuidad, como si el vehículo de su enseñanza religiosa no fuera una determinada cultura que está superada ya, y en la cual se trasvasó el mensaje religioso del mundo hebreo y del cristianismo. Desconocer esto, como hacen la mayoría de los libros de erudición religioso-bíblica (como es el de Peteiro, excelente, sin embargo, en su documentación), es encarar sus perspectivas en un cuarto oscuro, en el que damos vueltas y más vueltas sin por eso conocer su configuración real y visible. Partimos de un planteamiento demasiado ingenuo de la Biblia y no sacamos nada más que parte de las consecuencias que podrían sacarse. La Biblia es interesante para el creyente, pero como experiencia que hemos de transponer vitalmente a otra cultura como es la actual y no como ideología. Y si queremos sacar hoy consecuencias de la ideología de los que la escribieron, o de sus costumbres religiosas y morales concretas —y, por tanto, anacrónicas ya—, creo que perdemos su mensaje esencial, pretendiendo exigir a la actualidad el contenido cultural y social-moral de hace veinte o más siglos. Y eso pasa con muchos de los estudios católicos sobre el pecado, la culpabilidad o la salvación: no aciertan a superar la enseñanza concreta —correspondiente a una cul-



ARAGON:
HISTORIA Y NOVELA

La historia suele ser una traslación de las inquietudes, preocupaciones y maneras de pensar del tiempo presente a las anécdotas y situaciones del pasado. Hay dos maneras de tratar la historia: sabiéndolo o no sabiéndolo. Aragon, en «La Semana Santa» —y en alguna otra de sus grandes novelas— lo sabe, y cree que esa no es la rigurosa forma histórica. Por eso asegura como exordio a su libro que no se trata de una novela histórica, sino de pura imaginación y que cualquier coin-

cidencia entre sus personajes y los que haya podido haber en la vida real es fruto de la casualidad. Su personaje básico es Géricault, Theodoro Géricault, pintor, mosquetero del Rey: un Rey que resulta llamarse Luis XVIII y que en el curso de una semana —santa— abandona París para dirigirse al exilio mientras un usurpador llamado Napoleón Bonaparte avanza. Aragon describe los acontecimientos, las situaciones, los uniformes, las armas, las costumbres, los movimientos, con una minuciosidad a veces exasperante. Sólo que no está hablando de eso, sino de la guerra y el hombre, de otras retiradas históricas en Francia, de un mismo pueblo y de una cierta revolución... Si «La Semana Santa» no es precisamente la mejor de sus obras; es, sin ninguna duda, una obra muy importante de uno de los mejores novelistas contemporáneos. Personalmente, prefiero algunas de las novelas iniciales de Aragon, las del período que va desde «Las campanas de Basilea» a «Aurelien». Todas ellas, también, trazadas sobre fondos históricos, sobre transparencias y adecuaciones. Louis Aragon ha tenido en su vida numerosas etapas. Desde el surrealismo has-

ta el comunismo más ortodoxo —la época de la «Oda a Stalin»—, hasta el realismo socialista más apegado a la noción de información exacta —lo cual nutre todas las páginas de esta «Semana Santa» que se publica ahora en España (1)—, hasta un regreso a formas más libres, más sueltas de la literatura, después del XX Congreso. La fidelidad a la línea general no ha empañado nunca su obra, que siempre ha ganado el desafío. Como poeta y como novelista. Todas sus etapas le han enriquecido, y del surrealismo y el dadaísmo ha conservado siempre un lenguaje brillante, una serie de imágenes inmateriales que, aplicadas a la minuciosidad realista, han podido dar resultados sorprendentes. De ahí la dificultad de su traducción, dificultad que Ana María Moix no ha podido superar totalmente, y que da un lenguaje castellano opaco y con poca gracia. Aun así, el fresco histórico de Aragon está vivo, y sus segundas y terceras intenciones —digamos, realmente, su primera intención— quedan patentes en esta gran novela. ■ H.

(1) Louis Aragon, «La Semana Santa», traducción de Ana María Moix. Lumen (Palabra Seis). Barcelona, 1973.

